



CÁPSULA 3

Creo en el Espíritu Santo

Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. (CIC 689)

En nuestra cápsula anterior entramos en contacto con el Espíritu Santo como Tercera Persona de la Santísima Trinidad, como persona Divina, como Dios vivo y palpitante que nos impulsa y nos acompaña, que nos hace exclamar Abba Padre, y nos arranca cantos y alabanzas desde lo profundo de nuestro interior.

En esta nueva relación que hemos establecido con el Espíritu de Dios, ahora deseamos dirigir nuestra atención hacia nuestra Fe en el Espíritu Santo, a reflexionar en lo que verdaderamente creemos, pues repetimos en el Credo...“*Creo en el ESPÍRITU SANTO, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo, recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.*”

La verdad sobre el Espíritu Santo la encontramos en la Sagrada Escritura en donde encontramos la revelación de Dios Uno y Trino, especialmente en el Nuevo Testamento, pero también existen diversos pasajes en el Antiguo. La primera cita que podemos hacer mención es el “discurso de despedida” de Cristo el día antes de su pasión y muerte en la cruz en donde habla de la venida del Espíritu Santo en relación directa con su partida, anunciando la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. “*Pero yo les digo la verdad: Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito; pero si me voy se los enviaré*” Jn 16,7

En este texto bíblico Jesús nos presenta su propia partida, y por lo tanto su pasión y su muerte en la cruz, como un bien: “*Les conviene que yo me vaya...*” ya que el valor de su muerte redentora constituye la condición para que se cumpla el plan salvífico de Dios que tendrá su coronación en la venida del Espíritu Santo. Por lo tanto la venida del Espíritu Santo y todo lo que de ella se derivará en el mundo serán fruto de la redención de Cristo. Esto nos expresa una relación causal: el Espíritu Santo viene en virtud de la redención obrada por Cristo. Toda gracia proviene de Cristo y es comunicada por medio del Espíritu Santo. Él es quien nos comunica a cada uno en particular los frutos de la Encarnación y de la Redención.



El Espíritu Santo presentado por Jesús en su discurso de despedida hace evidente a una Persona diversa de Él: *“Yo pediré al Padre y les dará otro Paráclito” Jn 14,16 “Pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él les enseñara todo y les recordará todo lo que yo les he dicho” Jn 14,26.*

Jesús habla del Espíritu Santo adoptando frecuentemente el pronombre personal “Él”: *“Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa” Jn 16,13. “Él me dará Gloria” Jn 16,14.*

De estos textos confirmamos al Espíritu Santo como Persona y no sólo como una fuerza impersonal emanada de Cristo. El Espíritu Santo revelado por Jesús es por tanto un ser personal, la tercera Persona de la Trinidad, con un obrar propio. El Espíritu Santo es una persona distinta del Padre y del Hijo y al mismo tiempo unido íntimamente a ellos; es enviado por el Padre en el nombre del Hijo, como fruto de amor de la redención obrada en la cruz. El Espíritu Santo es Amor en Persona y Persona -Don del que deriva como de una fuente todas las gracias a los hombres, motivo por el cual debemos trabajar por conocer mejor al dispensador de todas las gracias, para que more en nosotros e interceda como Abogado ante el Padre por nuestras infidelidades.

La misión de Jesús entre nosotros fue física y visible en la humanidad que asumió, pero después de su ascensión al Padre quedó inmersa en el misterio. La presencia del Espíritu Santo entre nosotros hace presente a Cristo de forma invisible y constante hasta el final de los tiempos *“Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” Mt 28,19.* Esta presencia es íntima a las almas y a la Iglesia *“Él mora con ustedes y en ustedes está” Jn 14,17* y actúa con el poder de Dios Uno y Trino.

Esta presencia cercana y constante del Espíritu Santo conlleva la habitación de Cristo en nuestro corazón y por lo tanto debe movernos a dar testimonio con nuestras vidas de Cristo y de su Evangelio; si Él está en nosotros, la acción interior del Espíritu nos debe llevar a manifestar el Amor en el servicio y la entrega hacia nuestros hermanos, a experimentar un camino de transformación en Cristo Sacerdote y Víctima... un proceso de santidad al impulso del Espíritu.

Si mi querer es tibio y desmayado, me abriré poco al influjo del Espíritu Santo. Si mi querer no tiene límites, mi apertura será sin medida al Amor-Don. Si amo mucho, lo deseo mucho, me abro mucho a su acción. Si amo poco, lo deseo poco, me abro poco a su gracia. Y si amo poco entonces ¿qué debo hacer? ¡Tratar al Espíritu Santo! Frecuenta el trato del Espíritu Santo, Él es quien te ha de santificar. No olvides que eres templo de Dios y el Dulce Huésped está en el centro de tu alma; llámalo, óyelo, pláticale tus cosas, tu vida, atiende sus inspiraciones divinas.

Nuestra dificultad se halla en la disposición que tengamos para abrirnos a su acción, en nuestra voluntad. Si yo quiero de veras, pido y Él me invade y entonces todo mi ser es pleno del Espíritu Santo. Su Amor siempre es fiel; nunca abandona y menos en tiempos de dificultad y tormenta cuando nos envuelve con un abrazo amoroso. Como fruto de la Cruz, se derrama sobre toda la humanidad el Espíritu Santo. *“Si conocieras el don de Dios”,* dice Jesús a la Samaritana. Si lo conocieras, no beberías en otra fuente. Lo tendrías entero.



Conchita nos comparte la explicación que le da Jesús sobre nuestra relación con el Espíritu Santo:

“La Cruz, rompió el dique o la fortaleza que el pecado había interpuesto entre el Espíritu Santo y las almas y por ella se han derramado en el mundo espiritual sus Dones y sus Frutos; de suerte que, los frutos de la Cruz, son los frutos del Espíritu Santo.

Las almas, sin embargo, hija mía han vuelto a alejar de sí a este purísimo y Santo Espíritu manchándose con la culpa y están en tinieblas porque no invocan al que es la Luz... y yacen heladas porque no se acercan al fuego... Este fuego divino, se ausenta, a medida que el fuego de las pasiones crece en el corazón.

Quiere conquistar su reinado en las almas este Santo Espíritu, por medio de la Cruz y del Corazón mío... La Cruz, hija mía, es la delicia del Padre, el encanto mío y la gloria del Espíritu Santo.

En la Cruz anida el Espíritu Santo y por esto ahí solo en ese árbol sagrado, se recogen abundantes, sus frutos.” (Agosto 1986, Cuenta de Conciencia, T VII, 313-314

Y continúa en otro momento:

“Porque solo el Amor da fuerzas para llevar la Cruz y el Espíritu Santo es EL AMOR, ¡ah hija! (me daba un dolor oír quejarse a mi Jesús) no se le hace caso a este Santo Espíritu, siendo que sin Él, no hay vida espiritual, no hay gracias, no hay unión, no puede existir el AMOR!

Cierto que nadie llega a la Divinidad si no pasa por Mí, en cuanto hombre, si no se transforma en Mí, por las virtudes, pero no por eso es menos cierto que nadie se une con el Verbo, si no es por medio del Espíritu Santo”. (Julio 10, 1906 Cuenta de Conciencia, T XXIV, 45)

En otro texto espléndido encontramos las siguientes palabras de Jesús:

“Mira, hija mía, me dijo. Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada ni se aprecia en su verdadero valor, siendo que es lo más grande del cielo y de la tierra, el Espíritu Santo.

No, hija mía, ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. Él es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones: si hay tibieza, y si hay frío y debilidad, y tantos males que aquejan al mundo Espiritual, y hasta a mi Iglesia, es porque no se acude al Espíritu Santo.

Su misión en el cielo, su vida, su Ser, es el amor; y en la tierra, llevar las almas a ese Centro del amor que es Dios. Con Él, se tiene cuanto se puede apetecer; y si hay tristeza, es porque no se acude al Divino Consolador, que es el gozo completo del espíritu: si hay flaquezas es porque no se acude a la fortaleza invencible; si hay errores, es porque se desprecia al que es la Luz; si se extingue la fe es por la falta del Espíritu Santo.



Se le ama con tibieza, se le invoca sin fervor, y en muchos corazones aún de los Míos, ni siquiera se le recuerda, hija mía, y esto lastima muy hondamente a mi Corazón.

Es tiempo ya, de que el Espíritu Santo reine, (decía el Señor conmovido) y no allá lejos, como una cosa altísima, aunque lo es, y no hay cosa más grande que Él, que es Dios, conjunto y consubstancial con el Padre y el Verbo, sino acá cerca, hija, en cada alma y corazón, en todas las arterias de mi Iglesia.

-Señor: pero si en la Iglesia, sí reina el Espíritu Santo: ¿por qué te quejas?

-¡Ay de ella, hija mía, si no fuera así! Él es el alma de esa Iglesia tan amada, cierto; pero de lo que me quejo es de que no se dan cuenta muchos, de ese favor celestial, no le dan toda la importancia que se debe, lo hacen rutina, y languideciendo su devoción en los corazones, es muy tibia, es secundaria, y esto trae males sin cuento, tanto a la Iglesia como a las almas en general.

Por esto, hija mía, las Obras de la Cruz vienen a renovar su devoción, y a extenderla por toda la tierra. Que impere en las almas este Santo Espíritu y el Verbo será conocido y honrado, tomando la Cruz un impulso nuevo, en las almas, espiritualizadas por el divino amor. (Febrero 19, 1911. Cuenta de Conciencia T. XXXV, pp. 66-71)

Asimilación

- 1) Leer en grupo los capítulos 13-14-15 y 16 del Evangelio de San Juan y encontrar los momentos en los que Jesús hace mención al Espíritu Santo.
- 2) Reflexionar en lo personal y luego comentar en grupo los textos de Conchita sobre el Espíritu Santo. ¿Qué te dice de tu relación personal con el Dios-Amor?
- 3) Si reconoces al Espíritu Santo como Don y Persona, como centro de tu alma y comunicador de todas las gracias de Cristo: ¿Qué estás haciendo para acrecentar tu relación y cercanía con Él? ¿Qué acciones nuevas puedes tomar para dar a conocer la acción del Espíritu Santo en tu entorno familiar, social, laboral?

Oración Conclusiva

Jesús:

Derrama en mi alma el Don de tu Espíritu para que me transforme en Ti con María y en María para gloria del Padre y salvación de mis hermanos. Impregna todo mi ser de su fuerza divina para convertirme en apóstol del Espíritu Santo y testigo tuyo hasta los confines de la tierra.

Espíritu Santo unge y consagra mi corazón para que el fuego de tu amor me impulse a extender tu reinado por siempre. Amén.

